

Un poeta nuevo: Carlos Martín

Carlos Martín es un poeta nuevo en el tiempo sin límites del espíritu. Bajo la piel del rostro, de líneas casi pueriles, la sangre ensaya un juego de transparencias. Tiene una frente alta y lisa en la que las venas dibujan el mapa de una hidrografía sutil, y una mirada de niño triste que parece diluirse sobre las cosas como la tenue luz de una lámpara. Es un poeta que se parece a su poesía.

Carlos Martín navega, con sus bajeles ligeros cargados de imágenes cristalinas y a veces de trascendentalismos filosóficos, en las aguas poéticas del nerudismo. Patética de la emoción sujeta a la irremediable férula de la retórica; pero, adentro, en lo pulposo del poema, le circula como una sangre interior la poesía pura pugnando por colorear la epidermis delgada de los versos y fluir hacia arriba como un surtidor de vuelo o rosa de alas. No puede hacerse todavía una apreciación valorativa sobre Carlos Martín, como sobre la mayoría de nuestros poetas nuevos. En trance de hallarse, de encontrar su punto de gravedad, este cantor de su propia alma es un viajero por distintos climas líricos; pero siempre llega a Pablo Neruda, cuya hora, en mi sentir, es estrella que desciende hacia su celeste región oxidua.

Pensarosas gavillas siega también en los trigos maduros de la prosa. Carlos Martín es hombre de largas veladas sobre los libros y posee ya un acervo de cultura que para sí quisieran quienes han hecho del eruditismo una profesión lucrativa. Dentro de la atmósfera sutil del ensayo sabe desenvolverse con la misma agilidad con que sale de las redes del verso, siempre afortunado. Es que, ante todo, este poeta administra un temperamento esencialmente equilibrado no obstante las contrarias corrientes de inquietud que lo embisten.

Carlos Martín es, como casi todos los poetas nuevos, un angustiado que ha visto la faz sombría de los problemas fundamentales, casi párpado contra párpado. La muerte deja en sus poemas una irisación fría y cortante como un presentimiento:

*Yo estoy a la orilla de la noche,
frente a las ojerías de la muerte.*

escribe en una de sus más hondas realizaciones líricas. Ya, en un ensayo, analicé yo este sentido de la muerte que recorre como un sobresalto la literatura de hoy. Este sentido que ha llegado a convertirse en un clima. Y Carlos Martín no podía evadirse a su influjo.

TOMAS VARGAS OSORIO

José Lloreda Camacho y la «Revista del Rosario»

En 1933 nos afiliamos a esta Revista. Administrábala entonces Antonio Moreno Mosquera, amigo generoso que nos regaló con el encargo de sucesivos relatos sobre la vida rosarista. Por aquel tiempo, la Revista del Rosario era un folleto íntimo, cargado sí de lectura selectísima pero ajeno a toda circulación y extraño de veras a los atractivos externos de una publicación moderna; la Revista del Rosario era un cuaderno de familia con apariencias modestísimas que la imprenta "La Luz" le concedía cada tercer mes. De ella, el aviso estaba terminantemente excluido y el servicio de suscripciones y de agencias, más que problemático, era inconcebible. Así había venido ella desde su fundación, así la habían recibido generaciones sucesivas de estudiantes, — los lectores menos asiduos y casi únicos de sus páginas —, y así, con gran pesar y amplios deseos de mejoramiento, lo contemplaba nuestro Señor Rector y el administrador fidelísimo.

Al abandonar Moreno los claustros, entró a reemplazarlo en sus limitadas faenas Tomás Lombo. Brillante inteligencia, corazón magnífico el suyo, pero de temperamento repo-